



*Revista Argentina
de Sociología*

Revista Argentina de Sociología

ISSN: 1667-9261

revistadesociologia@yahoo.com.ar

Consejo de Profesionales en Sociología
Argentina

Alejandro Ramos, Gonzalo; Pineda Muñoz, Javier
El poder político y el sujeto en la época de la globalización
Revista Argentina de Sociología, vol. 3, núm. 5, noviembre-diciembre, 2005, pp. 74-87
Consejo de Profesionales en Sociología
Buenos Aires, Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26930504>

- [Cómo citar el artículo](#)
- [Número completo](#)
- [Más información del artículo](#)
- [Página de la revista en redalyc.org](#)

 redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El poder político y el sujeto en la época de la globalización

Gonzalo Alejandro Ramos

Javier Pineda Muñoz

Universidad Autónoma del Estado de México

Abstract

En este ensayo se reflexiona sobre los cambios que el poder político y el sujeto están observando a raíz de la dinámica acelerada que vive el mundo contemporáneo moderno, el que hoy ha dado un giro hacia el neoliberalismo y presenta un avasallador proceso de globalización, apoyado en los avances tecnológicos y científicos que agilizan las comunicaciones y acortan las distancias. En esta situación, el poder económico se ha superlativado como el *real poder* que evidencia lo antiguo de las pretensiones de construcción de un poder legitimador enclavado en los Estados nacionales soberanos, que ahora viven un proceso de difuminación de sus pretendidas capacidades en concreción inconclusa en todo su proceso histórico, con lo que se ha vulnerado su legitimidad y principal fuente de producción y reproducción, en tanto entidad organizadora de lo político y lo social.

Palabras clave: poder político, sujeto, neoliberalismo globalización Estados nacionales, nuevas tecnologías.

It is firmly pretended to think over about the visible changes of the political power and the subject is begin rehearsing due to the really fast dynamics in which nowadays our living is passing through.

It has been giving origin to a huge twist towards the neoliberalism and an overwhelming globalization process is quite clearly visible. This is supported on the technological and scientific achievements that make communications more accessible and make any distance much shorter. In these circumstances, the economical power has been made the king as *real power*. This, only shows as evidence that the pretensions in building an authenticator power rooted on the sovereign National States has been very old. These States Live a process of blurring their pretended capacities in an unfinished concretion in all of its historical process. Thus, its legitimacy and its main source of production and reproduction has been broken as a political and social organizer entity.

Key words: politic power, sujet, neoliberalism, globalization, national states, technologist new.

Introducción

El acontecer del mundo contemporáneo, un mundo de rápidas transformaciones, nos hace reflexionar sobre la vigencia y la realidad del poder político tantas veces aclamado e invocado en los círculos políticos.

Para tal reflexión es necesario diferenciar entre *poder* y *poder político*. Poder es un concepto que para su análisis nos remite al concepto latino *potere*, que significa energía, y esta es la fuente de todo movimiento; en el caso de los hombres mueve tanto a los individuos particulares como a las sociedades enteras.

El poder desde las concepciones religiosas se ha asociado con un don divino, quizá sea entendido éste como una cualidad natural de la vida y no como los grupos ideológicos y de poder lo han difundido históricamente.

El *poder político*, hoy referido con ligereza entre los grupos de valores y de interés, nos ha confundido en cuanto a su contenido. En un mundo dominado por la dinámica económica a nivel mundial, el concepto de *poder político* presenta dificultades para su concreción, debido al avasallamiento de los mercados libres que han derribado fronteras, que encierran y tornan cierto poder al interior, un poder que si somos estrictos no es en un sentido puro, político, si entendemos lo político como lo constituido por todos los ciudadanos de una sociedad, como lo pretendiera Locke en el siglo XVII.

En sentido amplio el poder es potencia acumulada que puede desplegar movimiento, y si bien cada individuo tiene su poder, éste no tiene por qué pretender ni dominar o someter a otro individuo ni tampoco erigirse en su protector, pues a cada individuo la naturaleza lo dotó de su propio poder y en el plano de las sociedades podría interpretarse relación semejante; sin embargo, el hacer y en especial el hacer económico ha traspasado las fronteras tanto artificiales como naturales, y cuando el fenómeno del poder suple o invade es siempre expresión de violencia.

Todo ello nos hace pensar si la conformación del *poder político* en los países de desarrollo atrasado podría ahora estructurarse con la participación de los ciudadanos y sus intereses, que es la forma de concebir lo político mediado por el interés. Además habría que cuestionarnos si realmente existen los ciudadanos como tales, o sea como individuos participantes, sobre todo en condiciones de pobreza, o bien el poder emanado del ejercicio económico globalizado hace ver innecesario y hasta obsoleto el *poder político*, pues éste en los países atrasados no puede aspirar a trascender fronteras, ya que sus intereses no van tan lejos.

Historicidad y actualidad del poder político

Desde el siglo XVII, Locke se esforzó por explicar la forma de constitución del poder político, ello como producto de una contrargumentación a lo que planteara unos años antes Hobbes en su *Leviatán*, quien intentó justificar el poder y la autoridad absolutas en manos de un monarca. Locke, preciso en sus críticas, cuestiona el origen del poder, incluso recurriendo a los fundamentos bíblicos, antaño fuente de toda justificación y de toda verdad, al decir que

“Adán no tenía como se pretende por alguien, ni por derecho natural de paternidad, ni por atribución positiva hecha por Dios, una autoridad de esa clase sobre sus hijos, ni semejante dominio sobre el mundo” (Locke, 1983: 3).

Locke va argumentando con rigor en su *Ensayo sobre el gobierno civil*, el concepto de ciudadano en la medida en que los individuos crean intereses, base para la construcción del poder, del único poder posible de legitimar que es el *poder político*. Los ciudadanos para Locke, antes que estar interesados en su participación política, estaban interesados en la obtención de propiedad individual, la que a su juicio constituiría la base de su interés en conformar un *poder político*, un poder articulado por el acuerdo de los individuos en tanto propietarios, un poder de los individuos y para los individuos.

Para Locke el poder absoluto negaba la existencia de la sociedad, cuestión que ya se veía venir en tanto emergía el interés privado que se contraponía a toda centralización de decisiones, de bienes, de autoridad y del poder. El hecho de que la historia del poder haya estado plagada de monarcas que detenían el poder y la autoridad de manera absoluta, decía: “*eso no destruye mi afirmación de que el comienzo de la sociedad política depende del consenso de los individuos para reunirse e integrar una sociedad*” (Locke, 1983: 80).

Para Locke la propiedad no es una posición arbitraria como sí lo es el poder absoluto que concibió Hobbes, éste vio en el Estado la expresión de fuerza y en su titular el soberano la expresión pura de arbitrariedad (Hobbes, 1984: 180); Locke considera que la propiedad tiene una base moral indiscutible que es el trabajo de cada individuo y que por ello asciende al estatus de propietario y, como tal, puede también en conjunto con otros individuos construir un poder legítimo para la defensa de su propiedad.

También Marx, por su parte, consideró al trabajo como base de propiedad y luego de poder explotador del trabajador; él nunca legitimó la acumulación de capital manejada por un solo capitalista.

“*El singular (y para muchos dañino) logro de Marx estuvo en persuadir a las masas laborales de que esta falta de poder, esta sumisión, no era natural e*

inevitable. El poder de hecho podía ganarse” (Galbraith, 1986: 200). Con este fundamento secularizado desde el mundo occidental, hemos llegado históricamente a un modelo de sociedad moderna que se sustenta en la producción de bienes de disfrute cada vez más abundantes, donde la propiedad ya no tiene el sentido de solidez que tuvo en el inicio de la modernidad, pues la propiedad ha tenido que dinamizarse y pulular en un mundo mercantilizado en el que la seguridad, que fue un eje central en el pensamiento de Locke, pasó a ser más insegura, en tanto menos estables y más intercambiables y negociables son hoy los bienes de los individuos al emerger el mundo financiero y del crédito.

No obstante todos estos cambios del mundo moderno, donde el factor económico ha operado una mutación en el individuo, que lejos de llevarlo a cristalizar un sólido *poder político* lo está conduciendo a un sinsentido en el orden teleológico, en un mundo dominado por el dinero y por el negocio, un mundo globalizado que induce a preguntarnos si, ¿es hoy en día el poder político un fin por construir?; pues éste, en todo caso, es inherente a los individuos concretos y actualmente vivimos los tiempos de las corporaciones, de los movimientos económicos fantasmales y ultramodernos, donde los individuos concretos son las “cosas domésticas”, la fracción funcional de un mundo complejo donde las relaciones uno a uno son cada vez más escasas.

En los tiempos de Locke, cada individuo tenía que trasladar físicamente sus bienes muebles, su dinero -oro- “cargarlo en sus espaldas”, cuando el poder económico de los individuos constituía un correlato del poder político. En ese entonces existían los dueños y los patrones físicamente señalados; ahora en un mundo altamente complejizado, sólo aparecen grupos y corporaciones que operan y trasladan sus bienes de manera sofisticada, mediante medios electrónicos, donde la información flota libre de sus transportadores; la traslación y el posicionamiento de los cuerpos en el espacio físico son menos necesarios que nunca para el reordenamiento de significados y relaciones, hoy se observa una “incorporeidad” del poder (Bauman, 2000: 28-29) de los hombres de negocios, en el que no hay responsables absolutos, al menos que haya una consigna corporativizada y articulada políticamente.

El desanclaje proporcionado por las modernas economías del dinero es enormemente mayor que el existente en cualesquiera de las civilizaciones premodernas, en las que existía el dinero. El dinero circula acuñado o al contado; pero en el mundo del orden económico moderno, la inmensa mayoría de las transacciones no asumen ya esa forma. Actualmente, “el dinero propiamente dicho”, es independiente de las maneras en que es representado al configurarse en simple información anotada en cifras sobre un impreso de ordenador informático (Giddens, 1993: 35).

Si el mundo de hoy está evidentemente dominado por lo económico y éste es un poder en sí que ya no está localizado en lugares ni en individuos particulares y concretos, ni en formas fijas de representación de valor, ¿qué podemos pensar entonces del poder político, base de cualquier gobierno?

Creación moderna de los poderes económico y político

Desde que surgió la burguesía como una clase social que revolucionó las formas de pensar y hacer originando el mundo moderno, observamos su poder capaz y nacido para derribar fronteras mediante la secularización del valor y del dinero. Estos hechos dan cuenta de la emergencia de un poder más fuerte que el poder absoluto, este poder tiene ahora la facultad de permear cualquier sociedad, se trata del poder económico del dinero que inició cristalizado en hombres concretos cuya ocupación no era debatir el poder del monarca, sino dar solución a necesidades e intereses económicos y con ello se constituyó, sin proponérselo expresamente, en un poder económico que actualmente logra trascender fácilmente las fronteras y presenta grados de sofisticación y ductilidad, a través del movimiento de los objetos y riquezas, de bienes por medio del papel y de los medios electrónicos contemporáneos que manejan *dinero virtual* en busca de dinero y que amenazan con desbordar a los Estados-nación en su lógica interna y en su razón de ser.

En cambio, el poder político distante de este poder económico aún ofrece resistencia, sobre todo en los Estados menos modernizados, éstos defienden sus fronteras. No obstante cada vez se observa menos eficacia en tal empeño, ya que el poder político hoy puede ejercerse ya no sólo desde los lugares donde reside formalmente y genera efectos concretos, sino que, además, deja sentir sus efectos, allende sus fronteras y puede operar sin estar presente de manera formal, o sea que ahora el poder político se ejerce a larga distancia (Held, 2003: 30) gracias a la ayuda de los *mass media*.

Cada vez es menos posible que el poder político que se ejerce en los Estados actuales siga siendo original y cosa meramente doméstica, o sea basado en los deseos y los caprichos de los individuos que lo detentan o lo pretenden. Todo esto es, al menos, la realidad del poder de los países débiles económicamente; pues las economías fuertes producen un ejercicio del poder de manera extraterritorial, que en ausencia de mejor nombre aún podemos denominar político; poder que va más allá de las fronteras de los países fuertes económicamente (Ley Helms Burton).

La realidad del poder en los países con economías débiles es que a pesar de que el poder sea nominado político, no se constituye políticamente¹ en la mayoría de los Estados-nación contemporáneos de este tipo; sólo se ha avanzado en la nominación y no en acciones que aproximen el poder al pueblo, a una distribución interna del poder en cada Estado-nación, que permitiera actualizar al *poder político* en relación con el avance devastador de un mundo en globalización, para hacerlo corresponder con la dinámica del poder económico (González, 1998: 42).

¿Podríamos pensar que la humanidad evoluciona lentamente en lo político y más rápidamente en lo económico?

Aquí el problema aparece en forma dual entre el hacer o poder hacer, tener con qué hacer, querer hacer, y por otro lado pensar que no requiere más que el deseo. Una dualidad que puede ser presentada geoméricamente: el hacer que conduce al progreso, al desarrollo y, por ende, produce cosas, puede ser representado en forma de línea que va siempre a un punto "A" a un punto "B", y el pensamiento político parece comportarse en una forma circular o sea que surge de sí mismo y regresa a su punto de partida, esto es, que el poder se viste de político para retornar a sí mismo como poder fuertemente deseado por los sujetos que lo detentan. Los principios positivistas aparecen ahí en cuanto al elemento dinámico y al estático, o sea el progreso o movimiento, la acción económica; y por otro lado el poder como un supuesto inherente a lo humano, principalmente lo humano colocado en posición dominante o superlativa, con pretensiones de invariabilidad.

S. Huntington en *El orden político en las sociedades en cambio* alude, en su primer capítulo, a los conceptos de orden y progreso, y encuentra estos elementos tanto al interior de cada Estado-nación como en el contexto global, es decir, que existen Estados-nación regidos más por lo que nosotros llamamos la circularidad del orden y otros lo son más por una linealidad del progreso. No obstante, los que se rigen más por el orden no pueden ir más allá de su círculo e incluso en ausencia de progreso, o de ser éste muy limitado. Sin embargo, y de manera contradictoria el orden así expresado carece de razón en tanto no existen bienes y cosas que generen interés, lo que tornaría necesario en una sociedad a dicho orden.

El orden evidentemente tiene que ver con el gobierno, que es la forma más institucionalizada de la preservación de éste. "*La diferencia política más importante entre los países se refiere, no a su forma de gobierno, sino al grado*

1. El poder político se constituye políticamente por la visión e interés participativo de los individuos que acuerdan darse una forma de orden, de Estado y de gobierno que los proteja conjuntamente con sus bienes y les dé seguridad y confianza desde el punto de vista liberal.

de gobierno con que cuentan” (Huntington, 1991: 13). Esto significa que en los Estados-nación, si bien es necesario un orden, esto no es por sí y para sí, o sea para ser y preservarse en sí mismo, esto carece de sentido, confrontado con la linealidad del progreso, el sí mismo tiene su razón de ser en la otredad; de ahí que no sea importante la forma de gobierno sino el grado, la dimensión cuantitativa del orden en razón de lo que tiene que ordenar, es decir, que el orden más que buscar su forma en sí, tendrá que adecuarse a la linealidad del progreso, ahí está su razón, no su forma, sino su cantidad en tanto eficacia para y no en sí.

En esa observación, Huntington encuentra en el orden mundial diferencias entre países pobres y ricos; en los pobres el orden es ineficaz, por lo que caen en una situación de subordinación ante aquellos que han avanzado paralelamente en la línea del progreso.

La circularidad del poder político, en la medida en que está concebida como sistema, se incorpora al entorno generador de productos de la linealidad y provoca un fortalecimiento del orden y de los gobiernos a nivel mundial. Fortalecimiento que en el caso de los países pobres no llega a ser suficiente para impulsarse en el proceso modernizador, además de que tampoco está firmemente dentro de sus perspectivas, y sólo la relativa fortaleza contribuye al ensimismamiento del poder político local como la única forma de protección, la que, por cierto, resulta poco eficaz, pues el moderno poder económico crece sin poder ser detenido por frontera alguna ni física ni ideológica.

Huntington ve una tendencia de ensanchamiento de la brecha económica, pues el progreso se ve imposibilitado para prosperar y dar frutos prominentes en estos estrechos espacios, ya que se lo impiden los poderes locales de esas naciones. Por ende, la posibilidad de que el progreso vulnere, cambie o modifique rápidamente el poder político local es remoto, en tanto que en los espacios premodernos transcurre el tiempo lento,² lo cual prolonga los plazos del cambio social.

Sin embargo, el hecho de que se oponga resistencia en los espacios locales regidos por sus gobiernos premodernos no garantiza que los efectos de la hoy llamada globalización los dejen intocados; generalmente se convierten en los espacios en los que más repercuten las consecuencias debido a su poca capacidad de resistir disposiciones económicas y políticas que tienen lugar en otros

2. El tiempo lento es el tiempo percibido por los sujetos que viven una vida premoderna, sin prisas, sin angustias y sin grandes retos que cumplir en un cierto tiempo medido; su visión del mundo es de tranquilidad y sus movimientos son lentos, más propios de la vida campirana y provinciana de las pequeñas comunidades rurales, lo que se da en mayor o menor medida en todo un Estado o país con escaso desarrollo económico.

espacios políticos y económicos lejanos y más modernos. Si bien los espacios políticos locales se ven limitados, no obstante denominarse Estados individuales, autónomos y soberanos, éstos no pueden ya por sí solos resolver los problemas decisivos de acción política, o realizar de forma efectiva un amplio abanico de funciones públicas (Held, 2003: 35).

Podemos decir que la tan defendida autonomía de los Estados está siendo vulnerada y comprometida, y los gobiernos de dichos Estados obligadamente transitan hacia un paradigma diferente al que mencionara Huntington referido a la capacidad de gobierno o gobernabilidad, y que ésta pierde sentido en la nueva configuración en la que actualmente tienen que participar los Estados nacionales del mundo contemporáneo; por lo que se requiere de nuevas formas para gobernar el mundo, hoy es necesaria una amalgama de sistemas de gobernanza globales, regionales y de múltiples niveles (Held, 2003: 31). Además de una política multilateral y global que implican a los gobiernos, a las organizaciones intergubernamentales (OIG) y a una amplia gama de grupos transnacionales de presión y de organización; una especie de pluralismo en las decisiones políticas.

En la evolución global contemporánea, el poder económico en la medida en que puede traspasar fronteras, tiende a constituirse en el único poder, y el poder político o poderes políticos fragmentados y locales no pueden ya legitimarse en su interior pues ese interior ha sido vulnerado por el poder económico ni pueden tampoco traspasar sus fronteras; éstas son virtualmente delimitaciones para su propio encierro más que para su protección de las amenazas del exterior.

En los países desarrollados el *poder político* no es un poder local simplemente, pues los *poderes políticos* locales vulnerables por definición generalmente se encierran por defenderse y pretenden que se respete un Estado de derecho basado en su soberanía y en leyes propias, pero el poder económico globalizado se corresponde con un poder que no reside en un Estado nación determinado y menos en los países pobres, donde tal poder está lejos de vincularse eficazmente o corresponderse a plenitud con el económico mundial.

Podemos decir que el gran poder político en realidad sí se está globalizando, pero no son los países pobres los que lo promueven o lo obstaculizan de manera eficaz, sobre él tienen influencia de manera preponderante las grandes corporaciones mundiales, aunque aún este poder no acierta a dirigir sus acciones políticas hacia la generación de insumos, ni físicos ni humanos, con lo que se aleja de la subjetividad que lo ha caracterizado desde su creación liberal. Podemos decir que con la globalización del poder se ha iniciado un proceso de separación de este poder y los sujetos, situación nueva en la que

la preocupación que eso implica es un aspecto adjetivo. Con la globalización del *poder político* no se requerirá un esfuerzo superlativo para la creación de infraestructura económico-política especial para la atención de los individuos, sujetos y actores en general; no obstante que la historia ha dado cuenta de la constante formalidad de priorizar las condiciones mínimas de vida para preservar un orden social mundial. La explicación de esta incongruencia pudiera ser el cambio virtual cualitativo de los sujetos y actores sociales contemporáneos, por efectos de un naciente sistema que ha dado muestra de su capacidad de suplantarlos.

Situación de los Estados nacionales ante los procesos de globalización

La lacerante circularidad del poder en los países pobres, en la medida en que se asume en su funcionalidad como sistema, incorpora o absorbe como entorno a la linealidad generadora de productos, con lo que tal circularidad se fortalece; pero, a la vez, se cierra en la lógica del orden interno aislado, que progresivamente se convierte en un orden subordinado a lo que llamaríamos *supragobiernos*, los que de facto son de otra naturaleza, pues están integrados por la influencia de organismos multilaterales diversos que residen en las ciudades mundiales o nudos de red, los que *ipso facto* gobiernan más allá de sus fronteras de una forma distinta a la tradicional de gobernar mediante mecanismos que implican cercanía y presencia física de los aparatos de gobierno, hasta hace tiempo los únicos que operaban en los espacios nacionales.

Tal subordinación de los Estados nación deviene de la aceptación y adopción no prevista de los beneficios y productos del progreso, o sea de una apertura indiscriminada en lo económico y de una invariabilidad de las estructuras de poder a su interior; aspecto incongruente en tanto no responde a un proyecto integral de desarrollo y progresión planeada por ese Estado nación.

Aquí se agrega el problema contemporáneo de la vigencia real y efectiva de los Estados nacionales como entidades protectoras que dieron cobertura política a la actividad de la naciente burguesía, ocupada fundamentalmente de la reproducción de los bienes económicos y del dinero; pero basta ser un buen observador de la historia de la economía y veremos que ésta se ha conformado no al interior de los Estados nacionales, como los europeos que fueron los primeros en su formación, sino como una economía mundo que no se circunscribe a fronteras (Wallerstein, 1984: tomos I y II). De hecho el capitalismo surgió por derribar las fronteras de los feudos e iniciar, desde entonces,

un proceso cíclico de expansión y contracción, proceso que ha logrado una transformación secular del mundo, mediante la industrialización.

Hoy en día la existencia de los Estados nación parece subsistir a contracorriente de una situación arrolladora, donde el poder económico omnipresente domina o influye significativamente en todos los rincones del planeta; de hecho éstos ya no pueden suministrar bienes y servicios fundamentales a sus ciudadanos sin la cooperación internacional (Held, 2003: 36), con lo que se ha vulnerado el principal recurso legitimador de los Estados nacionales.

Esta situación modifica radicalmente el concepto de soberanía nacional, se violentan las fronteras, las que para el mundo de los pobres ingenuamente habían representado barreras protectoras, las que hoy se difuminan en símbolos que penden tan sólo de la memoria de los pueblos y de los viejos acuerdos internacionales, los que con todo y la presencia de las Naciones Unidas son violentados cuando se trata de intereses considerados en la jerarquía de la “seguridad nacional” de los Estados más desarrollados.

Las fronteras políticas son delimitaciones en otro lenguaje, un lenguaje antiguo que ahora se preserva más que por una reliquia histórica, por una funcionalidad en tanto el mundo contemporáneo globalizado económicamente se ha polarizado y requiere de dos lenguajes, de dos formas, de dos tipos de poder muy desiguales, pero que ya se les observa de manera combinada y asociada, pero no fusionada.

En las sociedades modernas que han alcanzado un grado elevado de complejidad y de diferenciación funcional el sistema político no coincide más, afirma Luhmann, con el sistema social global.³

Sin embargo, el sistema político que ha sido la forma o medio de ocultamiento de la intemperancia y la predisposición a la violencia que caracteriza al poder político, y, por otro lado, la descarnada avaricia del poder económico también encubierta por el sistema económico no garantiza ya el orden social, requieren de una reinstitucionalización, para fijar o inmovilizar los fundamentos o lo invariable de lo variable en la realidad mundial. La dife-

3. La complejidad de las sociedades es tal que ya no se entiende como algo compuesto de partes individualizadas. Esa situación crecientemente compleja sólo puede entenderse, explicarse u observarse mediante la idea de sistemas de relaciones humanas, los que van generando una creciente diferenciación que en ocasiones o momentos parece tornarse en su contrario, o sea en una homogenización, cosa aparente; pues sólo parece tal en la medida que se da un acoplamiento funcional, hecho que no detiene el proceso que genera cada vez mayor grado de diferenciación de las partes, pero que se integra en sistemas, así el poder político forma parte de un sistema político funcional. Al respecto véase a Danilo Zolo, en Cupolo Marco, *Sistemas Políticos: términos conceptuales temas del debate italiano*, UAM-A, quien al respecto cita a Luhmann en la idea de que la política que presupone la existencia de un poder político no es ya un sistema sino que pasa a ser un subsistema de otro sistema más global.

renciación al igual que la entropía en la física están dando pie a un proceso de advenimiento de orden sistémico muy distinto del conocido, el que no garantiza que se detenga la creciente diferenciación, y que ambos poderes se sigan transformando diferencialmente uno hacia (A) y el otro hacia (B) sobre un segmento de línea recta teóricamente, concebida; aunque en apariencia el económico juegue en la línea recta del progreso y el político en el círculo del eterno retorno; en realidad ambos retornan.

La línea recta y sin retorno es sólo imaginaria, el progreso es una forma de negar el retorno hacia un punto del que no se ha despegado, o sea que el movimiento es una seductora ilusión de cambio y que tanto el poder económico como el poder político seguirán transformándose por la dinámica mundial, y, por otro lado, y en otros espacios se seguirá ofreciendo resistencia hacia sus puntos de origen pretendiendo conservar un mundo dentro del otro mundo globalizado, sin poder eliminar los movimientos intermitentes del progreso y de un orden pretendidamente moral pero sin un parámetro que pueda medir el grado de moralidad de tal orden mundial intrasistémico.

Hasta el momento no nos ha sido posible imaginar siquiera la construcción de un sistema alternativo, de un orden distinto basado en el poder de transformación humana, y no de la transformación que privilegia la manipulación solamente de los objetos externos y materiales, lo que inevitablemente obliga a una adecuación de lo humano ya direccionado.

Tanto el poder económico como el poder político se están recomponiendo mediante parámetros que los tornan cada vez más parecidos uno con el otro, el mundo se reconfigura ya no en Estados, sino en *ciudades mundiales*, las cuales se caracterizan por concentrar los máximos niveles de tecnologización y de servicios que hacen pender al mundo globalizado; por lo tanto, el poder político que es el tema que nos ocupa en estas reflexiones tiene cada vez que ver menos con lo producido por los individuos, los sujetos y los actores, éstos se están convirtiendo en seres dependientes de los productos sistémicos de la globalización. Por otra parte, los Estados fundamentalmente de desarrollo precario han perdido paulatinamente la posibilidad de lograr que los individuos puedan hacer realidad el convertirse en ciudadanos participativos y concientes plenos para construir su realidad y su Estado a través de la política como elemento central; se ha perdido de hecho la centralidad del sujeto, hoy la realidad se constituye por obra del sistema y al margen de la voluntad de los sujetos, de los actores y de las entidades, al entrar en un proceso de subordinación al sistema mundo contemporáneo, caracterizado por su mecanización y operatividad al margen de las necesidades humanas.

El *poder político* y el poder económico son partes de ese sistema que ya no se centra en la subjetividad de los actores y los sujetos, de hecho los ha relevado del penoso esfuerzo de pensar qué hacer y hacia dónde ir. Ante tal panorama las preguntas que nos hacemos pero que por el momento no podemos contestar, pues únicamente son puntos referenciales para la reflexión, son: ¿qué ha ocasionado la caída del sujeto?, ¿cuál es el futuro del Estado nación de estructura económica precaria ante la ausencia de sujetos?, ¿qué condiciones se requerirían para el resurgimiento de los sujetos y actores en el mundo de economías precarias?, ¿es necesario tal resurgimiento?, ¿habrá desaparecido el poder político para convertirse en un mega poder despersonalizado?

Si el círculo y la línea son en el espacio infinito equivalentes o iguales, todo es posible mientras las neuronas humanas no pierdan su capacidad de conexión y de ser conductores de los fluidos eléctricos del cerebro, lo que nos hace pensar en la esperanza de un retorno a los campos de la reflexión y del pensamiento, y con ello rehacer el poder político fundado en los *errores* de la subjetividad.

A manera de conclusión

Podemos decir que el poder político ya no es más; pero ni siquiera históricamente ha logrado ser el producto de una voluntad general; como concepto general y universal no ha podido concretizarse como una construcción a partir de la participación de toda la sociedad, es y ha sido un constructo ideológico en abstracto que hoy se devela cuando al intentar ser medido aparece incompleto e insuficiente.

El Estado como una construcción producida por tal poder se muestra ahora con sus reales limitaciones, como una utopía que no se ha realizado en su totalidad, el Estado no tiene ni ha tenido el control de la soberanía como cosa producida por las relaciones intersubjetivas. Los conceptos cartesianos que le dieron origen deambulan en la inconcreción, lo que ha facilitado al sistema su virtual triunfo.

El poder económico se ha transformado y superlativizado, y ha producido un tipo de individuo distinto al premoderno que ya no puede aspirar a tener el control en sus manos, éste se ha vuelto una relación de redes complejas y se acerca más a lo que Marx en algún momento dijera y que después corrigiera respecto del determinismo económico, quizá no sea de última instancia, sino de rigurosa primera instancia, sobre todo en la época del neoliberalismo y la globalización.

El poder político ha perdido la capacidad que nunca logró conquistar plenamente en la realidad, solo fue un presupuesto en abstracto, un concepto cartesiano que no se produce ni se reproduce, y hoy muestra su real incapacidad para gobernar; pero que además disminuye drásticamente y paulatinamente sus logros en su capacidad de gestionar los bienes y servicios hacia los gobernados, los que tampoco en estricto sentido ya son eso. Con ello el principal mecanismo político de la legitimidad también queda en entredicho.

En el mundo actual surge una red de mecanismos e instrumentos de gobernanza que rebasan la gobernabilidad local de los Estados nación y que se ubica principalmente en las *ciudades del mundo* centralizadoras de las grandes decisiones, tanto financieras como de servicios que hoy dominan el necesario refaccionamiento del sistema mundo, como diría Wallerstein y no en los espacios tradicionales de los Estados nacionales.

En síntesis, no es que el *poder* haya desaparecido, en realidad emerge como realmente es, como un *poder* de lo que se puede y no como el concepto de *poder político* pensado, deseado o teorizado. En el mundo hoy se devela en lo que *es* y se aleja del deber *ser* como una concepción ética.

Aceptado: 20 de octubre de 2005.

Bibliografía

- BAUMAN, Z. (2000), *La globalización, consecuencias humanas*, México: FCE.
- CUPOLO, M. (1986), *Sistemas políticos: términos conceptuales temas del debate italiano*, México: UAM-A.
- GALBRAITH, J. K. (1996), *Anatomía del poder*, México: Diana-Edivisión.
- GIDDENS, A. (1993), *Consecuencias de la modernidad*, Madrid: Alianza.
- GONZÁLEZ, F. (1998), "Siete asedios al mundo actual", en *Revista Nexos*, núm. 243, marzo, México.
- HELD, D., y MCGREW, A. (2003), *Globalización, antiglobalización sobre la reconstrucción del orden mundial*, Barcelona: Paidós.
- HOBBS, T. (1984), *Leviatán*, Madrid: Sarpe, Colección Grandes Pensadores.
- HUNTINGTON, S. (1991), *El orden político en las sociedades en cambio*, Buenos Aires: Paidós.
- LOCKE, J. (1983), *Ensayo sobre el gobierno civil*, México: Aguilar.
- ROITMAN, M. (2003), *Pensamiento sistémico*, México: Siglo XXI.
- WALLERSTEIN, I. (1984), *El moderno sistema mundial*, México: Siglo XXI.

gonalra13@hotmail.com

Gonzalo Alejandro Ramos. Licenciado en Sociología Universidad Autónoma de México. Magister y Doctorado de la UAEM. Coordinador de la carrera de Sociología en la Unidad Académica Profesional Zumpango y profesor investigador definitivo de la UAEM. Es líder del Cuerpo Académico “Actores, sujetos y procesos sociales ante la modernización”. Ha dirigido el Proyecto de Investigación denominado “El proceso de modernización industrial en la industria textil mexicana y sus efectos en el ámbito regional” y corresponsable del proyecto “Formación y proceso de cambio del perfil del sociólogo y de la sociología en la UAEM, ante el proceso de modernización”. Trabaja en la línea de investigación denominada “Influencia de los procesos de modernización en la conformación de las profesiones y de los actores político-sociales”. Es profesor de tiempo completo definitivo en la Unidad Académica profesional Zumpango ubicada en camino viejo a Jilotzingo continuación de la calle rayón en Zumpango, Estado de México.

javierpm@correo.unam.mx

Javier Pineda Muñoz. Maestro y Licenciado en Sociología por la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente es profesor-investigador de tiempo completo por oposición en la Unidad Académica profesional Zumpango de la UAEM, ubicada en camino viejo a Jilotzingo continuación de la calle rayón en Zumpango, Estado de México. Miembro del Cuerpo Académico “Actores, sujetos y procesos sociales ante la modernización” donde ha desarrollado las líneas de investigación referidas a “Influencia de los procesos de modernización en la conformación de las profesiones y de los actores político-sociales”.